

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO III

MADRID, 28 DE JUNIO DE 1908

NUMERO 26



JUANITO, O UNA CARTA A LA SANTÍSIMA VIRGEN

La escena representa un muelle de París, y adosada á uno de sus muros una mesa de las que usan los memorialistas. Delante de la mesa está sentado *papá Bouin*, veterano de bigote gris, de uniforme ya raído y con la pipa entre los dientes.

Juanito es un niño de seis años ó poco más, sin otro abrigo en la

cabeza que el de sus bucles r'ios y abundantes; lleva una blusilla rota, unos calz'ones remendados y zapatos bastante deteriorados.

Juanito se acerca á *papá Bouin*.

JUANITO.—Buenos días... Quisiera que me escribiese una carta.

PAPÁ BOUIN.—Es una peseta.

J.—Entonces, dispense.

B.—¿Eres hijo de militar?

J.—No, soy hijo de mamá, que vive sola.

B.—Vamos... sí... ¿Y no tienes una peseta?

J.—¡Oh, no!, ni siquiera cinco céntimos.

B.—¿Y tampoco tu madre, no es eso? ¿Y será una carta para poder hacer unas sopas, verdad?

J.—Justamente.

B.—Acércate. Por diez líneas más ó menos y un pliego de papel no voy á ser ni más rico ni más pobre.

Juanito obedece. *Papá Bouin* prepara el papel, moja la pluma y se dispone á escribir.

B.—«Al señor...» ¿Cómo se llama, pequeño?

J.—¿Quién?

B.—Toma, pues el señor!

J.—¿Qué señor?

B.—El que te va á socorrer para que puedas comer sopa.

J.—No es un señor.

B.—¡Ah, vamos, es una señora!

J.—Sí... no... es decir...

B.—¡Caracoles! ¡Ni siquiera sabes á quien vas á escribir!

J.—Ya lo creo.

B.—Pues entonces, dílo, y pronto.

J.—Pues es á la Santísima Virgen.

Papá Bouin deja la pluma, se saca la pipa de la boca, y con voz de trueno, exclama:

B.—Supongo, mocoso, que no tienes intención de burlarte de un viejo... Eres demasiado pequeño para que te dé un meneo... ¡Media vuelta á la izquierda y largo de aquí...!

Juanito obedece, pero *papá Bouin* se arrepiente de su movimiento de mal humor y le mira atentamente.

B.—¡Rayos y centellas...! la verdad es que hay mucha miseria en este París... ¡Eh!, tú... ¿cómo te llamas, niño?

J.—Juan.

B.—¿Juan qué?

J.—Nada más que Juan.

B.—¿Y qué es lo que quieres decir á la Santísima Virgen? Vamos á ver.

J.—Que mamá duerme desde ayer tarde á las cuatro, y que la despierte si no la molesta, porque á mí me es imposible.

B.—¿Y qué decías sobre una sopa antes?

J.—Pues que hace falta en casa... Antes de dormirse me dió mamá el último pedazo de pan que quedaba.

B.—¿Y ella no comió nada?

J.—Hacia dos días que decía: «No tengo hambre.»

B.—¿Qué has hecho para despertarla?

J.—La he besado como de costumbre.

B.—¿Respiraba?

Juanito sonríe.

J.—No sé... ¿Acaso no se respira siempre?

Papá Bouin vuelve la cabeza y dice con acento ligeramente tembloroso:

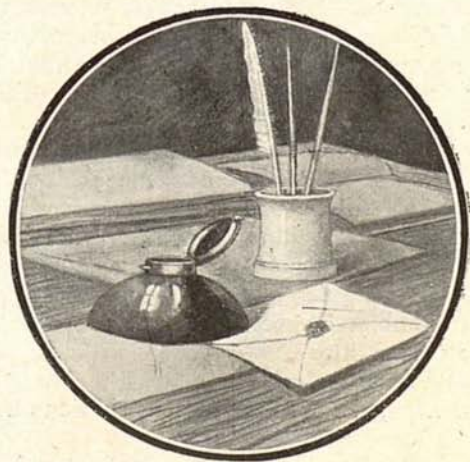
B.—¿No notaste nada al besarla?

J.—Sí... Estaba muy fría... ¡Hace tanto frío en casa!

B.—Tiritaba, ¿verdad?

J.—¡Oh, no! ¡Estaba tan hermosa! ¡Tenía las dos manos, que no se movían, cruzadas sobre el pecho y muy blancas... Su cabeza estaba tan caída sobre la almohada, que parecía mirar al cielo por entre sus ojos á medio cerrar!

Continuará.





CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

XXII

Anda, lo que me pasó! ¿No me han echado ustedes de menos? Sí, seguramente sí; todas mis amiguitas son muy buenas, y fijamente habrán pensado mucho en Piluca; la pobre Piluca que ha estado mucho tiempo sin poder charlar, ni jugar, ni nada. ¿No adivinan ustedes lo que me ha sucedido? Pues que he estado enferma muchísimo tiempo... muchísimo... yo no sé cuánto, pero ha sido una atrocidad. Mis papás estaban tristes y lloraban, y la *miss* se sentó al lado de mi cama y no se levantó hasta que yo me he levantado, y cuando me quería vestir y no me dejaban yo me ponía á llorar, y ella me contaba cuentos preciosos y muy divertidos de niñas buenas y malas; de niñas aplicadas y desaplicadas, que luego eran grandes y necesitaban trabajar y no sabían, y se quedaban delgaditas, delgaditas, porque no podían comer bastante, y entonces sentían mucho no haber sido aplicadas. Yo me entretenía mucho, y no pedía vestirme. ¡Ya decía yo aquel día que no sabía lo que me pasaba! Pero no crean ustedes que me ha pinchado el médico. Cuando llegó á casa, me dijo:

—¿Qué tiene esta niña bonita?

—¡Dentro de la tripa, nada!—contesté.—¡No tiene usted que sacarme nada!

—¡No! Si yo no saco las enfermedades de dentro de la tripa. Con que las nenas sean obedientes, se estén quietecitas y tomen todo lo que se las mande, las pongo otra vez tan juguetonas como si tal cosa.

Yo prometí obedecer, y aquel señor me cogió una mano, luego me apretó la tripa, ¡yo tenía un miedo!, luego me dijo que sacase la lengua como si quisiera hacerle burla, y luego... nada más.

Creo que se llama *calenturas* la enfermedad que tuve; unas veces tenía mucho frío, después sudaba la mar; en fin, un lío.

Llevo ya bastante tiempo buena, no crean ustedes; pero no me han dejado hacer nada, y por eso no se lo he contado á ustedes.

Mi amigo Luisito ha venido muchas tardes á jugar conmigo; el ama seca me ha dicho que cuando yo estaba tan malita estaba él atroz de triste y que mis papás le han tomado mucho cariño en este tiempo. Es muy bueno y además sabe ya una atrocidad de cosas, muchas más que yo; la *miss* dice que *c'est un enfant très intéressante*.

¡Ah! Tengo que decir también que me han comprado muchas cosas muy preciosas; entre ellas, una familia para mi casa de muñecas. Hay un señor con frac y todo, con una camisa muy blanca y almidonada, que está escribiendo en la mesa del despacho. La señora es rubia, con bata de color de rosa, de muchísima cola; á ésta la pongo unas veces en la sala tocando el piano, y otras en la alcoba lavándose. En el comedor he puesto á un niño chiquitín que tienen estos señores; está en una sillita delante de la mesa porque va á comer; como es tan pequeñito, no sabe comer solo, y le da de comer una niñera que es una muñeca vestida de negro, con un delantal blanco y una cofia blanca también. Además tienen otros dos criados, porque como mi casa de muñecas es muy preciosa, los *señores* que viven en ella son muy ricos.

Una es la cocinera, que, naturalmente, está en la cocina. Otro es un criado en mangas de camisa y con gran delantal de rayas; éste tiene un plumero en la mano.

Todas estas cosas son preciosas indudablemente, pero me hacen trabajar, porque hay que tenerlo muy limpito y arreglado y hacer ropa para las camas y la mesa.

Baby me ha ocupado mucho tiempo para vestirla de verano. La he hecho un traje lindísimo de batista de color azul con puntillas blancas, y un gran cuello de encaje. También la he hecho un sombrero de la misma clase, que tiene la copa formando boina y las alas son volantes tabloados uno sobre otro. ¡Qué preciosa y alegre está mi hijita! Claro es que todo esto no lo he hecho yo sola, me ha ayudado mucho la *miss*; tanto me ayuda que una de mis hermanas entró en el cuarto donde estábamos cosiendo, y dijo con mucha guasita:

—¡Meta usted la aguja, madre, que yo me la sacaré!

—¡Vamos, dejad á Pilarcita—dijo la *miss*,—que aún está muy débil, y si se le ocurre tirar algo á la cabeza de los que la hagan burla, se va á lastimar!

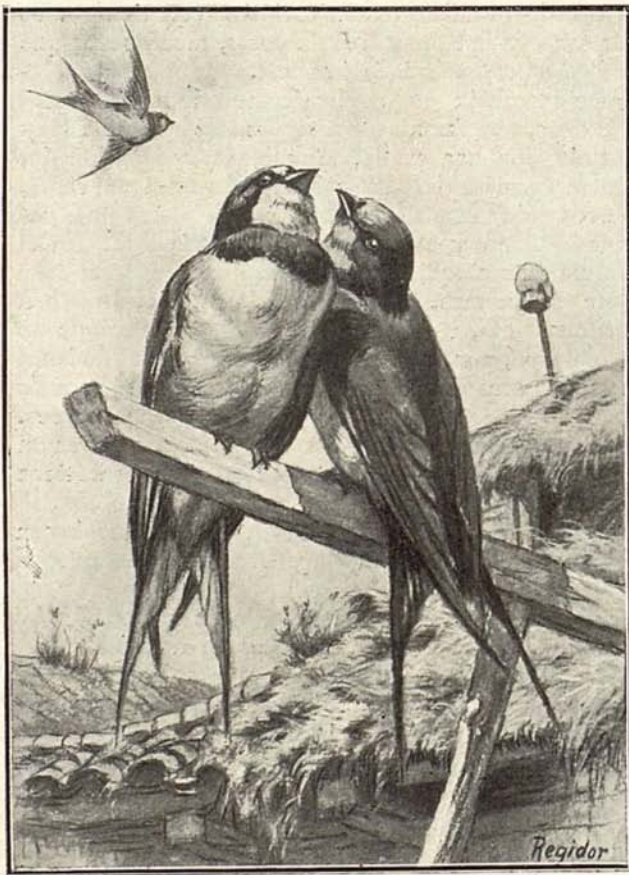
MARIA A. OSSORIO Y GALLARDO



Ayuntamiento de Madrid

LA GOLONDRINA

Por qué daba Carmencilla aquellos brincos de gozo? ¿Por qué brillaba en sus ojos la alegría? Hermosa era la mañana abrileña con sus frescas auras; poético resultaba el sonar del címbalo en la vieja torre



de la iglesia; encantador aparecía el almendro nevado con sus blancas florecillas, y bonitas estaban las gallinas que saludaban con sus cacareos á la naciente primavera. Pero yo, enterado de los más íntimos secretos de Carmencilla, puedo decir que nada de esto era causa de su alegría. Frente á la ventana, el tejado de un granero cerraba el horizonte; y en el caballete corcovado como espalda de viejo saltaban y cantaban dos go-

londrinas, y de tal modo cantaban que agradaban como ruiseñores, y de tal manera saltaban que no parecían sino diminutos y enlutados albañiles ocupados en contar las tejas que hubiera rotas. Estas golondrinas eran la causa de la alegría de Carmencilla, porque desde que la hermosa niña pudo darse cuenta de que estaba en el mundo, todos los años, cuando los campos se vestían de verdura, aquella pareja de golondrinas había acudido á construir su nido sobre una viga del abandonado granero.

—Ya están aquí mis amigas; ya están aquí aquellas cuyo nido me

prohibió la abuela que tocara porque otros pajaritos como éstos arrancaron al Señor las espinas cuando agonizaba en la cruz; ya están aquí las de las cabecitas negras como la noche, las de las alas azu'adas y las del pecho blanco como la aurora... Ya están aquí... ya están aquí...

Y efectivamente, ya estaban allí hasta que el viento trajera en sus alas los primeros fríos y las obligara á cruzar otra vez el mar para ir á vivir al campo donde las pirámides y la esfinge velan el sueño de las momias egipcias.

Esto vino sucediendo por espacio de varios años hasta que en aquel en que Carmencilla cumplió nueve Abriles, notóse con gran asombro que apenas vinieron al pueblo algunas golondrinas. En vano la graciosa chiquilla se levantaba muy de mañana y, puesta de codos en la ventana, esperaba á *las suyas*.

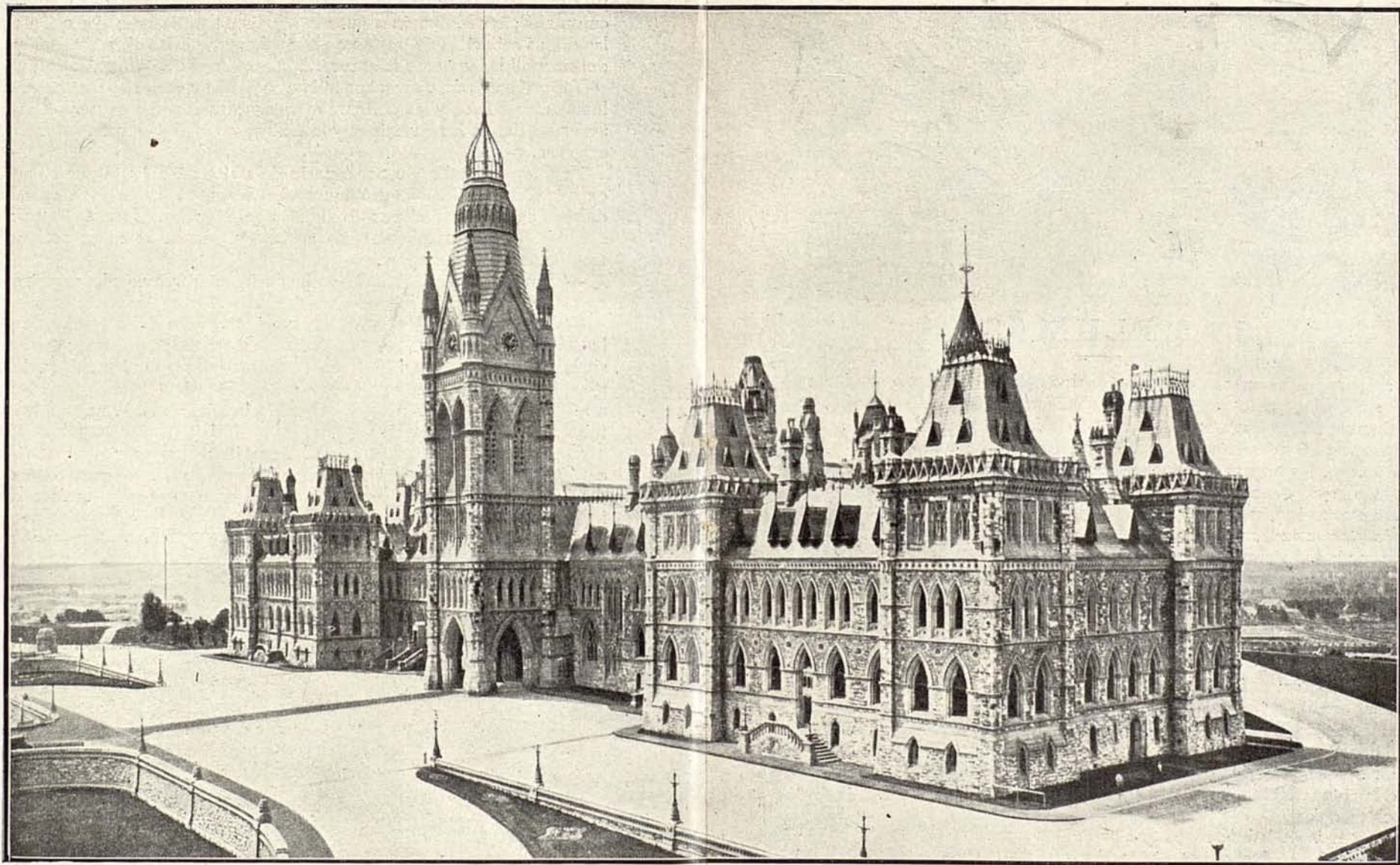
—¿Por qué no vendrán...?—solía decir, mientras clavaba sus miradas en el corcovado caballete adornado, como siempre, de triste jaramago.

—¿Por qué no vendrían...? Porque á este lado del estrecho de Gibraltar las esperaba el hombre armado de trampas y lazos y las aprisionaba apenas tocaban la tierra para matarlas y enviar sus azuladas plumas á las ciudades, en donde vendrían á servir de airoso penacho en algún sombrero femenino, porque así lo exigía la moda, reina á la que todo se rinde en pleitesía...

Esto hubiera contestado yo á Carmencilla; pero ¿para qué entristecerla? Si aquel año no la visitaron sus amigas fué... porque, enamoras de algún viejo camarario, acaso anidaron al pie de su torcida v herumbrosa veleta...

José A. LUENGO.





EL PARLAMENTO DE OTAWA

Desde que en 1858 la reina Victoria escogió á Ottawa como sitio del Gobierno canadiense, la ciudad es la capital del Canadá. Su Parlamento está situado sobre una eminencia que domina, á 150 pies de altura, el río. Tiene unas dos hectáreas y costó 20 millones de francos. Su estilo arquitectónico es gótico italiano, muy rico de ornamentación. Los marcos de puertas y ventanas son de ladrillo rojo y las columnas y los arcos de las

salas legislativas son de mármol. Los tejados son de pizarra y las torres están adornadas con labores de hierro. La decoración interior del edificio es también lujosa y de buen gusto, y comprende el trono del virrey, una estatua de mármol, un retrato de la reina Victoria, el de Jorge III y el de la reina Carlota, pintados por Reynolds. La biblioteca del Gobierno posee 100.000 volúmenes.



LAS PLUMAS

Las plumas que cubren el cuerpo de los pájaros son unos productos análogos al pelo que tienen los mamíferos. Por punto general, se distinguen en las plumas: un tubo de materia cónica que ocupa la parte inferior de las mismas y está agujereado por el extremo; un tallo, y, por último, las barbas que nacen á cada lado de éste. El órgano que segrega la substancia que produce la pluma se llama cápsula.

En ciertas épocas del año renuevan sus plumas las aves, y durante este período, que se llama *muda*, pierden la voz y sufren una verdadera enfermedad. La muda ocurre generalmente una vez al año, después de que las aves ponen los huevos; en algunas ocasiones tienen dos mudas: una en primavera y otra en otoño.

La forma de las plumas varía según la especie de aves á que pertenezcan; unas carecen de barbas y se asemejan á espinas; en otras, las barbas están unidas entre sí, y entonces parecen hojas que el aire no puede atravesar; las hay en que las barbas están sueltas y son largas, algunas son de una finura tal que parece algodón.

Los colores de las plumas son infinitos, y compiten y aun superan en belleza y brillantez á los de las más hermosas flores y á los de las piedras preciosas. Suele ocurrir que las plumas de las hembras no tienen la riqueza de colorido que las de los machos; buen ejemplo de ello es el pavo real.

De esta variedad de tonos que presentan proviene el que se hayan utilizado como adorno en todas las épocas. Así, en la antigüedad las usaban tanto los hombres como las mujeres, y aun hoy no son patrimonio exclusivo de éstas, puesto que las plumas tienen su importancia, aun hoy en día, como elemento indispensable para completar el adorno de los sombreros de uniformes militares y civiles.

En los países tropicales es donde el plumaje de los pájaros ostenta más brillantes y diversos colores; de ahí que sean objeto de una perse-

cuc
de
] en
en
Sib
mu
del
nes
gal
] qui
baj
en
que
hor
bie
que
] ent
(had
nes
] han
me
más
rran
gos
zon
] esci
pin
] I
tod
tura
con
met
por
por

cución tenaz é incesante que hace temer á los naturalistas que dentro de algunos años se concluyan determinadas especies de aves.

Las plumas más apreciadas para adorno son las del avestruz; vienen en segundo lugar de la escala las de las aves del Paraíso, que se crían en ciertas islas de Oceanía; después, las de la garza real, que vive en Siberia y en la Guayana; las del *marabout* del Sudán son asimismo muy estimadas. Empléanse también las del casoar de Australia, las del pavo real, el ibis, el pelicano, el faisán dorado, y para usos comunes, los plumeros, por ejemplo, se utilizan las plumas de los gallos, gallinas, pavos, patos, gansos, etc.

Han de arrancarse de las aves vivas, ó recientemente muertas, si se quiere que reúnan las condiciones necesarias para que se puedan trabajar con éxito. Por regla general hay que darlas uno ó varios baños en agua que contenga una disolución de potasa para quitarlas la grasa que contienen; otras, las menos, sólo hay que meterlas en estufas ó en hornos cuya temperatura no sea muy elevada, á fin de que se sequen bien; luego se las golpea para que se separen de las materias extrañas que pueden llevar adheridas.

Las plumas se tiñen, se peinan, se rizan, y en estas condiciones se entregan al comercio.

Otra aplicación tienen: la de servir para rellenas colchones, almohadas, edredones, etc., utilizándose para ello las plumas de aves comunes como el ganso, el pato y aun las gallinas.

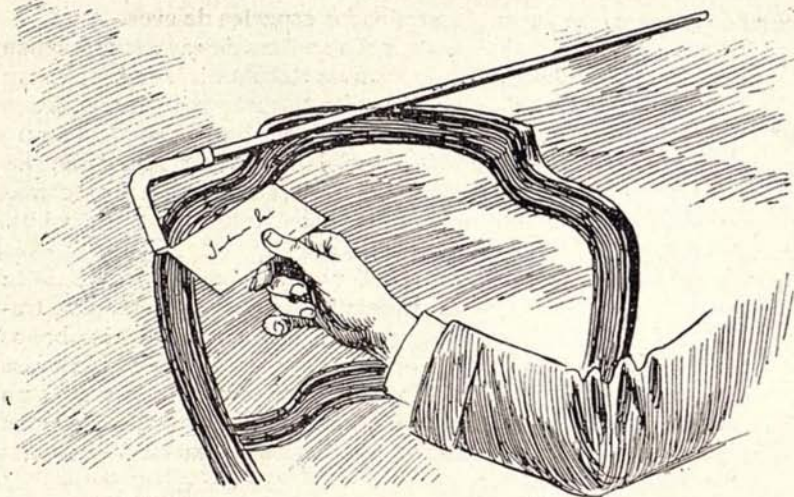
No sólo se han usado para adorno, sino que durante muchos siglos han servido para escribir. En efecto, un escritor anónimo del siglo v menciona varias veces este empleo dado á las plumas, aunque parece lo más probable que no se generalizase hasta el siglo x, en que logró desterrar el uso de las cañas aguzadas (*calamus*) de que se sirvieron los griegos y los romanos desde que dejaron de grabar sus escritos con punzones sobre tablas ó píacas de plomo ó de madera.

No todos los pueblos de la antigüedad se valieron de la caña para escribir, pues algunos, como los egipcios y los chinos, empleaban el pincel, costumbre que aún perdura en China.

Las plumas preferidas eran de buitre, de cisne, de cuervo y, sobre todo, de ganso. Pero como cada día se fué difundiendo más la escritura, pudo temerse que no darían las aves plumas bastantes para el consumo, y á mediados del siglo xviii se descubrió la plumilla de metal, que se empezó á fabricar en Birmingham (Inglaterra) en 1816, por más que sólo quince años después constituyó una verdadera é importante industria.

JUAN ANTÓN





LA TARJETA ELECTRIZADA

Conocida es la propiedad que tienen algunas substancias de electrizarse por el frotamiento y atraer como un imán los cuerpos ligeros, como la medula de saúco, corcho y aun pedazos pequeños de papel. Pues bien, esto mismo puede observarse con un papel fuerte como el que se usa para dibujar, y mejor todavía con una tarjeta postal.

Es condición especial que la operación se practique en una atmósfera muy seca, para lo cual debe acercarse la tarjeta postal al fuego para que pierda toda la humedad que pudiera tener y después frotarla con fuerza con un cepillo duro ó con la manga.

Para asegurarse de que está la tarjeta electrizada puede hacerse un experimento curioso.

Sobre el respaldo de una silla, colóquese un palo largo ó un bastón en equilibrio, tal como aparece en nuestro grabado. Después de bien seca al fuego la tarjeta y fuertemente frotada, puede anunciarse á los espectadores que se va á hacer que el bastón se caiga sin tocarle, ni soplar sobre él, ni mover la silla que le sostiene.

El anuncio resultará confirmado plenamente con sólo acercar la tarjeta electrizada á uno de sus extremos. El bastón la seguirá como el hierro al imán, y perdiendo el equilibrio al moverse, acabará por caer.

Todo el secreto de esta electrización está en el frotamiento, pues si en una atmósfera seca se frota con un cepillo ó con la mano un pedacito de papel ligero, le veréis electrizarse muy pronto y se adherirá á vuestra mano, á vuestra cara ó á vuestra ropa como si tuviera goma.

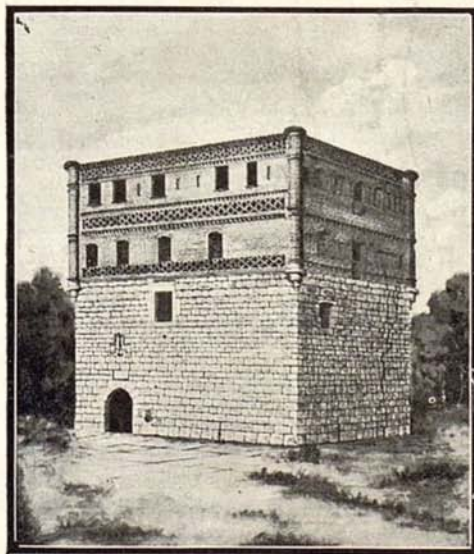
SAN IGNACIO DE LOYOLA

Hijo de una familia noble de Guipúzcoa, nació San Ignacio en Loyola en 1491. Como sus siete hermanos, fué dedicado desde su infancia al ejercicio de las armas, y no tardó en darse á conocer como un buen oficial al servicio de D. Fernando el Católico, de quien había sido paje.

Cuando los franceses invadieron el reino de Navarra, en el año 1521, Ignacio estaba entre los defensores de Pamplona á las órdenes del duque de Nájera, y durante el sitio fué herido por una piedra en la pierna izquierda y sufrió la fractura de la derecha por una bala de cañón. Apenas curado, se trasladó á su casa de Loyola, donde tuvo todavía que sufrir dos dolorosas operaciones. Quedóle de



SAN IGNACIO DE LOYOLA



CASA SOLARIEGA DEL SANTO

resultas de sus heridas una pierna más corta que la otra y sufrió con admirable entereza la operación de hacérsela estirar violentamente con una máquina de hierro, sufrimiento inútil, pues quedó cojo.

Durante su convalecencia quiso entretenerse en la lectura y pidió que le llevaran algunos libros de Caballerías; pero no encontrándolos en la biblioteca del castillo diéronle para leer la *Vida de Jesucristo* y el *Flos Sanctorum*.

Tan vivamente impresionaron su alma estas lecturas, que formó el propósito irrevocable de hacerse caballero de Jesús y de María.

A estilo caballeresco, pasó una noche velando sus armas ante el altar de la Virgen y por la mañana colgó su espada y su escudo en un pilar de la capilla, renunció sus amores con una dama castellana, regaló á un pobre su traje de gala, y vistiendo un humilde saco, marchó á pie á la villa de Manresa, en Cataluña, en cuyo hospital se albergó y se entregó desde entonces á la penitencia. Como se descubriera su nombre y su calidad, huyó á una gruta, donde según sus biógrafos, tuvo los éxtasis y arrobamientos en que el Señor le reveló sus grandes misterios y allí nació su pensamiento de formar una milicia para la gloria de Cristo.

Visitó los santos lugares de Palestina, volvió á España, y conociendo que necesitaba una sólida instrucción, se puso á estudiar latín en Barcelona á los treinta y tres años y cursó después la Filosofía y la Teología en Alcalá y en Salamanca. Fué luego á Paris, donde conoció á seis hombres notables, y con otros tres españoles congregáronse en una capilla subterránea de la iglesia de Montmartre, hicieron voto de pobreza y castidad. A los dos años fueron á Roma, y el Pontífice Paulo, en 27 de Septiembre de 1540, aprobó la Compañía de Jesús.

San Ignacio, después de ver el brillante desarrollo de su religiosa

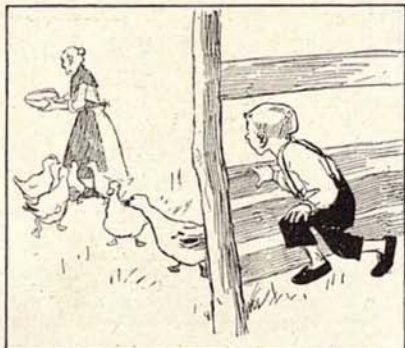


EL COLEGIO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN LOYOLA

fundación, falleció en Roma en 1556. El Papa Gregorio XV le canonicó en 1622, en el mismo año en que lo fueron San Isidro Labrador y Santa Teresa de Jesús.

Consérvase la casa solariega del Santo, que es visitada por grandísimo número de devotos, y á su izquierda se ha construido un suntuoso templo y el colegio de la Compañía.

PAGAR EL PATO



A Jorge se le antojó robar uno de sus patos á la tía Gila.



Apenas la mujer volvió la espalda, Jorge penetró en el corral y cogió al pato.



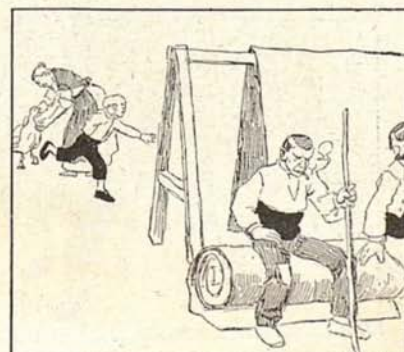
A los ayes del animal acudió el ama y vió á Jorge que se lo llevaba.



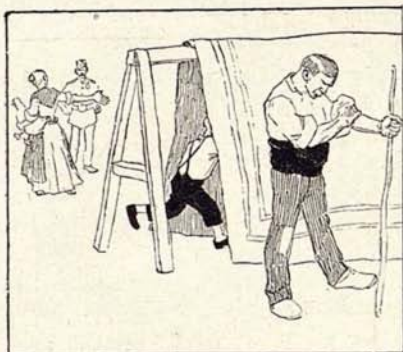
Cogió la tía Gila una escoba y salió corriendo detrás del ladronzuelo.



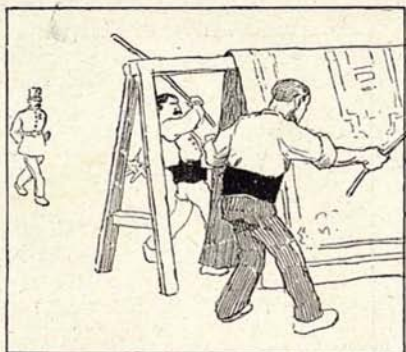
El pato, obrando en legítima defensa, largó un terrible picotazo á Jorge que le hizo soltar su presa.



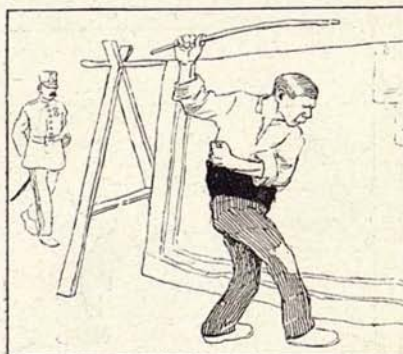
Volvió el animal á su ama que lo acarició muy contenta, mientras Jorge huía todo dolorido.



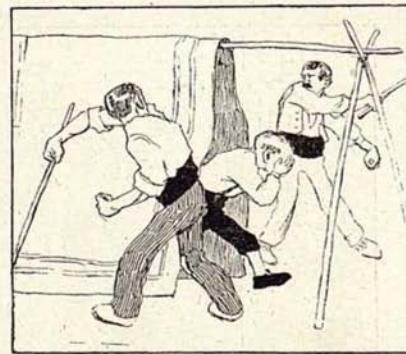
Apareció un guardia, y el rapaz buscó un escondite para ocultarse.



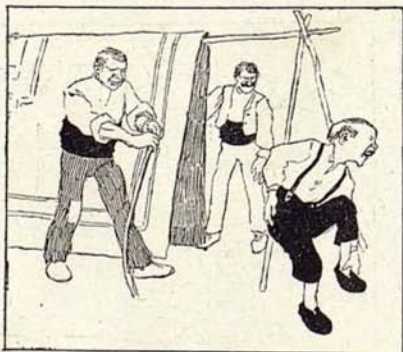
Dos mozos que limpiaban una alfombra, comenzaron su tarea á palo limpio.



Y Jorge recibió un par de garrotazos cuando menos lo esperaba.



Llorando á lágrima viva salió, y aún recibió un estacazo de propina.



Aquellos hombres, después de haberle dejado medio inútil con sus golpes, todavía se reían del lance.



En esto llegó el guardia, y cogiendo á Jorge de un brazo, lo llevó donde acabara de pagar el pato.